

Lavapiés (y 2)*

Ana Basualdo

GUERNICA.—Saturnino Soria se levanta a las ocho de la mañana para ocupar su puesto, a las diez en punto, en el umbral del Reina Sofía. Los martes, cuando el Reina cierra, lee el *ABC* de diez a doce, consiente en ir con su mujer a la Casa de Campo y, a la siesta, otra vez el *Guernica*. Esa cátedra forzosa en la puerta del Reina no sólo exige paciencia y pies sufridos sino también, para refrescar la memoria, un vistazo semanal al libro que hace doce años lo iluminó, le hizo perder el trabajo de guía en el Casón del Buen Retiro y lo empujó a cumplir, en el umbral que traspasan distraídos de todo el mundo, una misión. Lamenta que el 25 de octubre de 1981 todavía no hubiera recibido la señal, porque aquel primer día ruidoso del *Guernica* en España lo habrían escuchado. No habrían aceptado la verdad, porque no la acepta nadie pero, al menos para seguir la fiesta, habrían escuchado. En aquella época, además, no lo aquejaban tantos tics: no abría y cerraba la boca, sin parar, como un pez, ni se hamacaba desde la nuca hasta las rodillas, como un judío de rizos ante el Muro. Ahora, él también, de espaldas al muro del Reina Sofía, tiene en la mano izquierda, abierto en la doble página de la reproducción, su propio libro sagrado. Fue casual, el encuentro con el libro que lo iluminó. En el mostrador de la *Cafetería del Prado* había jugueteado un rato con la tarjeta de invitación de una editorial; la leyó de reojo y, como si hubiera oído una orden, aquella tarde fue a escuchar al profesor murciano que se atrevía a decir la verdad. Se lo anunció a su mujer, en mitad de la cena: «El *Guernica* no tiene nada que ver con Guernica», y su mujer le dijo: «No seas cabezón». Pidió que lo cambiaran de sala y, delante del cuadro, ante una hilera de turistas asiáticos, que no entendieron pero asintieron con respeto, estrenó la prédica: «Nada que ver con Guernica, sino con Rubens». Lo despidieron. Entonces se duchaba cuatro veces por semana: ahora se olvida, y del traje azul brillante y arrugado sale olor a dejadez y cansancio. Cuando el cuadro pasó al Reina Sofía, ya se sabía el libro de memoria y, con la ayuda de algunos extranjeros fieles al Prado que lo conocían desde hacía diez o veinte años, había aprendido a recitar los fragmentos fundamentales en inglés y en francés. La prédi-

* Ver la primera parte del texto en el número 617.

ca de una verdad como aquella, se había dicho, exige estudio, salud y sacrificios. Se apostó en el umbral, con el libro abierto en la mano izquierda y el brazo derecho extendido primero hacia el que pasa y en seguida hacia la reproducción, como si hiciera presentaciones en un cóctel. La frase de reclamo, hasta hoy, no ha variado; dice, hamacándose: «¿Le explico el Picasso? / Nada que ver con Guernica. El / socialismo no deja». Al principio, no aceptaba dinero a cambio de la entrecortada clase de historia del arte; para tranquilizar a su mujer, pide ahora, pero casi nadie se las da, cien pesetas. Un holandés de veinte años, con mochila, con salpicaduras de polen en la nariz, con una libreta y un billete de metro en la mano, es el único que lo escucha. Han pasado jubilados yanquis, tambaleantes matrimonios ingleses, escolares de Chamartín, japoneses intemporales, y todos ellos –Saturnino Soria está seguro– van camino del *Guernica*. Los peores, dice, son esos, y señala a españoles de mediana edad –Saturnino los conoce por el perfil, porque son delgados, porque vienen a la siesta– que desprecian el *Guernica* y van derecho a ver la cera y los fieltros de Joseph Beuys: «Son cristianos nuevos, socialistas, taimados», dice. Pero el holandés roto y elegante, quizá para descansar del peso de la mochila, se para en el umbral y, girando despacio la cabeza, hunde la mirada en el libro abierto. Saturnino Soria se abalanza y recita en inglés:

–¿Le explico el Picasso? / Nada que ver con Guernica. El / socialismo no deja –el holandés sonríe, se pasa la mano por la cara y, sin darse cuenta, se quita la nariz de polen–. Son / cien pesetas.

Saturnino habla hamacándose, el dedo índice se desliza por el *Guernica* como siguiendo ríos en un mapa:

–Marte / acaba de abrir / la puerta del / templo de Jano /, que se cerraba en época de paz/. Sale con un / escudo / y una / espada / ensangrentada. Venus, con sus Cupidos, / trata de retenerla. La madre / con un niño / en brazos / indica / que, cuando hay guerra, no hay maternidad. El / arquitecto / está caído de espaldas, con / los / instrumentos / en la mano. La mujer afligida, con el velo / roto, es Europa, que sufre / saqueos, ultrajes y desgracias, y la rama de / olivo...

–Espere –dice el holandés, apuntando todavía en la libreta (en la tapa, en letras azules y verdes: «Aloha. From Paradise»)–. Me está mostrando el *Guernica*, pero me habla de Rubens, de *Los horrores de la guerra*.

Son las tres de la tarde. El holandés retrocede, buscando la sombra de un plátano. Saturnino, que aguanta el calor desde hace cuatro horas porque no se permite deslices, aprovecha el ágil paso atrás del holandés y suspira aliviado, al sentir en la piel ardiente la sombra en punta del último puñado de

hojas. Y ahí, en el paso adelante de esos zapatos pesados y polvorientos de vendedor de Biblias, el holandés debió reconocer, como quien huele una presencia en la oscuridad, el olor de un mandato. El holandés no puede descifrar esa ropa de empleado de correos jubilado, esos calcetines como acordeón, esos dos dientes de oro, ni saber que allí, en el umbral por el que pasan los *cristianos nuevos* para ver a Joseph Beuys y a Bill Viola, el hombre es como un ahogado vergonzoso que sale a flote; como un primo tarado al que atrancaron en el altillo pero que saltó por la ventana con cartas del abuelo, obscenas, en la mano. El holandés eso no puede verlo, pero sí mirar al hombre a contraluz: en ese paso adelante en busca del alivio de la sombra, en esa concesión mínima, el holandés nota el andamiaje de paciencia y de trabajo forzado que sostiene ciertas manías. Averiguó, después. Le dijeron que el hombre está loco, que a veces sube a la biblioteca para comprobar que nadie haya escondido el libro del profesor murciano que le «abrió los ojos», que no gana más que cinco monedas de cien por semana, que la mujer viene a buscarlo como a un perro perdido, que alguien le ofreció un puesto de guardacoches y que él contestó: «No puedo. Debo explicar que el *Guernica* no tiene nada que ver con Guernica. El socialismo no deja».

–Naturalmente –dice Saturnino, en un inglés mugido–: Rubens. Es un calco, sólo que lo que en Rubens está a la derecha, Picasso lo puso a la izquierda, y viceversa.

El hombre lleva, abrochada en la solapa, una fotocopia de su viejo carnet de guía del Prado.

–¿Saturno?

–Saturnino Soria, de Guadalajara –vuelve al umbral, para atajar a una pareja de alemanes con bastón, que ni lo miran.

–Olvídese de esto. Váyase a su casa, a descansar... –el holandés da un paso largo adelante, el cuerpo todavía en la sombra, el brazo extendido al sol.

–No puedo –contesta, de perfil.

–Saturno también era Ouroboros, la serpiente que se muerde la cola. Y la guadaña. Y el reloj de arena –dice el holandés, ya entero bajo el sol, la mochila al hombro.

Saturnino se ríe como si le hicieran cosquillas, y se le ven los dos dientes de oro y la lengua blanca.

NO ENTIENDO, ALICE.–La mujer se levanta de la cama; cruza el comedor sorteando fotos de desfiles de moda desparramadas por el suelo, que el cable largo desparrama más; estira la mano para bajar la música y abre la

puerta. A Shabaz lo ofende que la mujer siga hablando por teléfono y, de un envión, se mete en la cocina con una ventana que da a sábanas tendidas. La mujer, sentada en la alfombra, rodeada de fotos, apoya la cabeza en el sofá y el teléfono, en la rodilla, de espaldas a la cocina. El pelo corto y rubio, los ojos color miel, la boca pintada de bermellón, *shorts* blancos y sandalias de cuero fino. Dice, en voz baja: «Una corbata horrible, que debe ser lo más parecido a un pavo real que encontré por aquí, el pobre». Apoya el teléfono, y el codo, ahora, en la alfombra; se da vuelta y levanta la voz: «Te vas a morir de calor, con esa americana». Shabaz aparece en el pasillo, sonriente, reconfortado, alto y delgadísimo, muy joven: se quita la americana negra, con brillos, y la corbata también brillante, con figuras verdes y doradas. Al sonreír, se afea un poco: lo único que lo afea son los dientes, muy blancos pero demasiado separados, y quizá por eso cecee. La habitación, desordenada y en calma, con suelo de linóleo gris y pintada de un gris tan suave que la hace volátil. La mujer recostada en la alfombra vista desde arriba parecería, por los *shorts* blancos y las sandalias, una de aquellas chicas americanas de los años 50 fotografiadas en veleros desde una avioneta, las piernas muy largas extendidas de una manera que se perdió. Alrededor de la mujer burbujan cosas aparte, desligadas de la luz cruda de afuera, de los gritos que llegan de la calle y también de lo que pasa en la cocina. Las fotos de modelos en bañador desparramadas en la alfombra de rayas grises y blancas, la biblioteca de varillas de acero, las hojas de la *New York Revue of Books* sueltas en el sofá, las piernas extendidas como en los años 50, las manos y los hombros con pecas, el gris que cura la luz de afuera y alisa las esquinas y los zócalos, la canción de las Andrew Sisters que ahora apenas se oye, todo ese desperezo anacrónico burbujea aparte, y, ahora que la mujer está a punto de colgar el teléfono, parece que la claridad agrisada y bamboleante se repliega como cortinas arrancadas de un manotazo. No tan rápido, ni tan brusco, pero sí hay, cuando la mujer cuelga el teléfono, un cambio de aire, y se oye más, de pronto, el ruido de ollas en la cocina; se presiente la lucha que tiene lugar, allí, en el regalo y el miedo. Shabaz trajo, en una lata de galletas holandesas, sin papel de aluminio debajo, ya cocido, arroz con cayena y coriandro. Se inclina, la camisa blanca arremangada, y vuelca en un plato el arroz tibio, no con cuchara sino con tenedor. En el pasillo, ahora, expectante: las dos manos sostienen el plato como si fuera una vasija de culto.

—Hay bandejas, por allí —dice Alicia. Una lid imposible entre animales de distinta familia, como si un colibrí cortejara a una cabra—. *Bandeja: ¿entiendes?*

—¿Gusta? —Se sienta con brusquedad, perfumado y fanático, y después se queda quieto. Los ojos se le encienden, al tocar, con las dos manos, la rodi-

lla de la mujer y en seguida se apagan. Soñador, fatalista, se equivoca; no sabe tantear, probar. Duda, pero con devoción y temor, rabioso o esperanzado. Conoce el orgullo y los sufrimientos del orgullo, pero espera, como un cisne, en lugar de descifrar. El cuerpo, flexible como un junquillo, podría, sin embargo, apoderarse de la claridad gris y arremolinada; aprovechar que, al mover las manos, al inclinarse, el aire se vuelve más claro y asentado, como si se hubiera retirado una marea. Pero la mirada se apaga en seguida en reproches dulces o en asomos de cólera, que también se retiran, y dejan una resaca de bonhomía doliente.

–*Te gusta: aprende a hablar. En tres años, deberías haber aprendido* –Alicia fue a la cocina y volvió, en un zigzag relampagueante; pone la bandeja en la alfombra, como si fuera picnic, entre el teléfono y las fotos de bañadores.

–*¿Gusta? –quiere recompensa o motivo para ofenderse.*

–*Está bueno, sí. Un poco frío.*

–*Alice, yo no tener suerte –suspira, apoya la cabeza en el sofá, cierra los ojos.*

–*No tengo suerte –dice Alicia con suavidad. Él se ríe. Se despierta, traga saliva, apoya los codos en las rodillas, y parece que se va a hacer dueño de la brecha abierta, pero, devoto, toma la tregua por victoria, y, como los pingüinos que corren detrás del mar y se sorprenden de que cada vez el mar vuelva a la playa, se derrumba al comprobar que dura tan poco.*

–*Cuando no verte, yo esperar o recuerdo –la nuca otra vez apoyada en el respaldo, los ojos cerrados, las pestañas largas, la piel azulada y pulida, oro en la mano izquierda, la camisa lavada en una fábrica de perfumes dulces.*

–*Cuando no te veo, espero o recuerdo –corrige Alicia, desde la cocina, áspera otra vez.*

–*Vale, Alice, vale. Tú no gustar mí –se levanta, alto y fuerte por la ira, pero en seguida se sienta en el suelo (no en la alfombra), rumiante. Se le ocurre algo–. Yo traer regalo para ti. Pedir a tío mío en Pakistán y tío mandar conmigo mío.*

–*Amigo, por favor –Alicia, en el pasillo, con las manos en la cintura. Al oír el teléfono, Shabaz se eriza, y casi grita.*

–*No, teléfono ora no –saca un resplandor envuelto en plástico transparente de un bolsillo de la americana. Alicia aspira hondo, conecta el contestador, se deja poner aros y collares de brillos violentos. A Shabaz le brota una sonrisa radiante, y, como si esas joyas abigarradas y familiares en la cabeza y el cuello de Alice sirvieran para pasar de la privación al derroche, parece, de pronto, descansado y sin dudas. La mujer rubia con las joyas pedidas, una noche, desde un teléfono público, y recibidas, junto con vídeos de*